

las velas y al timon, abrieron y cerraron durante seis dias y seis noches su tumba y la de sus compañeros á las puertas de su patria. Las señales que se hacian las dos embarcaciones en las tinieblas desaparecieron. Creyeron la una la pérdida de la otra, flotando entrambas á merced de una eterna tempestad entre las Azores y la costa de España. Colon que no dudaba que la *Pinta* fuese sepultada con Pizon en los abismos, y cuyas velas despedazadas y cuyo timon entregado á las olas no dirigia ya el esquinete, esperaba á cada instante que desapareciesen bajo aquellas montañas de agua, que subian y bajaban con su espuma. Habia hecho el sacrificio de su vida, pero no podia sin desesperacion hacer el sacrificio de su gloria. Sentir el misterio del descubrimiento que traia al antiguo mundo sepultado por los siglos de los siglos con él tan cerca del puerto, era un sarcasmo tan cruel de la Providencia que no podia doblegarse ni aun á su piedad. Su alma se rebelaba contra este juego de la muerte. Morir poniendo solamente el pie en la ribera de Europa, despues de haber depositado su tesoro y su secreto en la memoria de su pais, era un destino que aceptaba con alegría, pero dejar morir un segundo universo, por decirlo así, con él, y llevar á la tumba la palabra al fin encontrada de este enigma del globo que los hombres sus hermanos, buscarian acaso en vano durante tantos siglos, era un millon de muertes en una. El no pedir á Dios en sus súplicas y á todos los santos de España, mas que llevar al menos á la costa con sus despojos, las pruebas de su descubrimiento. Sin embargo, las tempestades se sucedian á las tempestades; la nave estaba llena de agua, las miradas hostiles, los murmullos irritados ó el silencio de sus compañeros le reconvenian la obstinacion que los habia seducido ó obligado á aquella fatal travesía. Todos miraban aquella prolongada cólera de los elementos como una venganza del Océano, celoso de que un hombre audaz le hubiese arrebatado su misterio. Hablaban de arrojarle al mar para obtener por una ruidosa expiacion el apaciguamiento de las olas

XXII.

Colon, despreciando aquellos signos de cólera, y únicamente preocupado de la suerte de su descubrimiento, escribió sobre pergamino muchas relaciones cortas acerca de su descubrimiento; encerró unas en una bola de cera y otras en cajas de cedro, y arrojó estos testimonios al mar, para que la casualidad los hiciera flotar un dia hasta la ribera. Se dice que una de estas cajas entregadas á los vientos y á las aguas, anduvo nadando durante tres si-

glos y medio sobre la superficie del mar, y que el marinero de un navio europeo embarcándose en una lancha para ir á su nave, hace algun tiempo, en la costa de Africa enfrente de Gibraltar, recogió una nuez de coco petrificado, y la trajo á su capitán como una vana curiosidad de la naturaleza. El capitán, abriendo la nuez para asegurarse si la almendra habia resistido al tiempo, encontró, debajo de la corteza, un pergamino sobre el cual estaba escrito en letras góticas, descifradas por un erudito de Gibraltar, estas palabras: «No podemos resistir un dia mas á la tempestad; estamos entre España y las islas descubiertas de Oriente. Si la carabela se hunde, pueda alguno recoger este testimonio.—CRISTOBAL COLON.»

El Océano habia guardado trescientos cincuenta y ocho años este mensaje, y no le devolvía á Europa sino despues que la América colonizada, floreciente y libre rivalizaba con el antiguo continente. Juego de la suerte para enseñar á los hombres lo que hubiera podido quedar oculto tantos siglos, si la Providencia no hubiese prohibido á las olas sumergir á Colon, su gran mensajero.

XXIII.

Al dia siguiente gritaron ¡tierra! Era la isla portuguesa de Santa Maria, situada á la estremidad de las Azores. Colon y sus compañeros fueron rechazados de ella por la envidiosa persecucion de los portugueses. Nuevamente entregados á todas las fatalidades del hambre y de la tempestad durante muchos dias, no entraron hasta el 4 de marzo en la embocadura del Tajo, donde al fin echaron el áncora sobre una costa europea, pero rival de los españoles. Colon, presentado al rey de Portugal, le hizo la relacion de sus descubrimientos, sin descubrirle el camino, temeroso de que este príncipe se apoderase de las flotas de Isabel. Los portugueses de la corte de Juan II, rey de Portugal, aconsejaron á este príncipe mandara asesinar al gran navegante, á fin de sepultar con él su secreto y los derechos de la corona de España sobre las nuevas tierras. Juan II se indignó al oír semejante consejo. Colon honrado por él, envió por tierra un correo á sus soberanos, para anunciar su éxito y su próxima vuelta por mar á Palos. Allí desembarcó el 15 de marzo al rayar el dia en medio de una multitud embriagada de gozo y de orgullo, que se lanzaba al mar para conducirlo en triunfo á tierra. Cayó en los brazos de su amigo y de su protector, el pobre prior del convento de la Rábida, Juan Perez, que solo le habia creído, cuya creencia era recompensada con un nuevo mundo. Colon fué descalzo y procesionalmente á la iglesia del monasterio para darle gracias

por la gloria de su conquista. Un pueblo entero le seguia bendiciéndole á la puerta de aquel humilde convento donde habia pedido, solo y á pie con su hijo, algunos años antes la hospitalidad de los mendigos. Jamás hombre alguno entre los hombres ha legado á su patria y á la posteridad tal conquista desde el origen del globo, excepto aquellos que trajeron á la tierra la revelacion de una idea; y esta conquista de Colon no habia costado hasta entonces, ni un trimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima á la humanidad. Los dias mas deliciosos de su existencia fueron aquellos que pasó descansando en el monasterio de la Rábida, al lado de su huésped y de su amigo el prior del convento, y abrazando su hijo.

XXIV.

Y como si el cielo hubiese querido que llegase al colmo su felicidad y vengarlo de la envidia que le perseguia, Alonso Pinzon, comandante de su segunda nave, entró al dia siguiente en la *Pinta* en el puerto de Palos, donde esperaba adelantar á su jefe y robarle las primicias del triunfo. Pero engañado en su culpable designio, y temiendo el castigo de su desercion revelada por el almirante, Pinzon murió de dolor y de envidia al llegar á la orilla, y viendo la nave de Colon anclada en el puerto. Colon era demasiado generoso para alegrarse y mucho menos para vengarse, y la celosa Nemesis de los grandes hombres parecia espirar á sus pies.

TERCERA PARTE.

I.

Isabel y Fernando, informados de su regreso y de su conquista por el mensaje que el almirante habia enviado de Lisboa, le esperaban en Barcelona con triunfos y munificencias dignas de la grandeza de sus servicios. La nobleza de España acudió allí de todas las provincias para rendirle pleito homenaje. Entró como triunfador y como rey de futuras monarquias. Los indios traídos por la escuadra, como una prueba viviente de la existencia de otras razas humanas sobre aquellas tierras descubiertas, marchaban á la cabeza del cortejo, con el cuerpo pintado de diferentes colores y adornados de collares de oro y perlas; los animales y las aves, las plantas desconocidas, las piedras pre-

ciosas recogidas sobre aquellas riberas, iban colocadas en vasijas de oro llevadas sobre la cabeza de los esclavos negros. La ansiosa multitud se apiñaba; los rumores fabulosos circulaban por entre los oficiales y los compañeros de gloria del almirante. Colon, montado sobre un caballo del rey, ricamente enjaezado, aparecia despues, escoltado por una numerosa cabalgata de cortesanos y caballeros de todas órdenes. Todas las miradas se concentraban en este hombre inspirado de Dios, que fué el primero que recorrió el velo del Océano. Se buscaba en sus facciones el signo visible de su mision, y se creia verle allí. La belleza de sus facciones, la magestad de su fisonomia, el vigor de la eterna juventud junto con la gravedad de los años, el pensamiento bajo la accion, la fuerza bajo sus blancos cabellos, el sentimiento intimo de su valor junto con la piedad hacia Dios, que le habia elegido entre todos, el reconocimiento hacia sus soberanos, que le devolvian en honores lo que él les traia en conquistas, convertian en este momento á Colon, dicen los espectadores de su entrada en Barcelona, en una de aquellas figuras proféticas y heróicas de la Biblia. El pueblo le arrojaba palmas en señal de adoracion.

«Ninguno se media por él, dicen, todos creian ver al hombre mas grande, y al hombre mas favorecido del cielo.» Isabel y Fernando le recibieron sentados sobre su trono, y se levantaron al verle como si se hallaran en la presencia de un enviado del cielo. Despues le mandaron sentar al nivel de su trono, y escucharon la relacion solemne y circunstanciada de sus viages. Al terminar esta relacion, donde la elocuencia y la poesia que salian de los labios del almirante, encendieron su santo entusiasmo, el rey y la reina, conmovidos al extremo de verter copiosas lágrimas, cayeron de rodillas y entonaron como una piadosa exclamacion el *Te Deum*, himno de la mas grande victoria que el Todopoderoso concedió jamás á ningun soberano.

Despacháronse al punto correos para llevar á todas las cortes de Europa la gran noticia y el nombre triunfal de Colon. La oscuridad, que hasta entonces habia rodeado su vida, se cambió en un resplandor y un eco que llenaría la tierra. El descubrimiento del pobre geógrafo de Córdoba fué la conversacion del mundo. Colon no dejó que su alma se engriese con aquellos honores tributados á su nombre, ni que se humillara su modestia con las envidias que principiaron á surgir en torno de su gloria. Un dia que fué invitado á comer con Fernando é Isabel, uno de los convidados, envidioso de aquellos honores tributados al hijo de un cardador de lanas, le preguntó astutamente si creia que ninguno mas que él hubiera descubierto aquel otro hemisferio, en el caso de que él no hubiera nacido. Colon no respondió á la pregunta por temor de decir demasiado, ó demasiado poco de si mismo. Pero tomando un hue-

vo entre sus dedos, se dirigió á todos los convidados, y les invitó á que lo colocasen de punta. Ninguno pudo conseguirlo. Entonces Colon rompió el huevo por uno de sus extremos, y colocándole por donde estaba roto, mostró á sus rivales que no habia mérito ninguno en una idea sencilla, pero que nadie, no obstante, podía sospecharla, antes de que un primer inventor diese el ejemplo á los demas, atribuyendo así al inspirador supremo el mérito de su empresa, pero reivindicando al propio tiempo para él solo el honor de la primacia. Este apólogo ha servido en lo sucesivo de respuesta á todo hombre elegido de la Providencia para mostrar un camino á sus semejantes y para marchar por él el primero, sin ser, no obstante, mas grande, sino mas favorecido de la inspiracion que sus hermanos.

Los honores, los títulos, las dotaciones futuras de las tierras, cuyo descubrimiento y conquista iba á terminar Colon, fueron destinados en tratados formales con la corte para su patrimonio. Aquel obtuvo el virreinato, la administracion y la cuarta parte de las riquezas ó productos de toda especie de los mares, islas y continentes en que plantase la cruz de la Iglesia y la bandera de las Españas. El arcediano de Sevilla, Fonseca, con título de patriarca de las Indias, fué encargado de los preparativos y armamentos de la nueva expedicion que Colon iba á conducir á nuevas y mas vastas conquistas. Pero desde aquel dia, Fonseca se hizo el rival oculto del gran navegante, y como si quisiese rebajar el genio que tenia encargo de ayudar, aparentando que facilitaba á Colon los medios, le suscitaba obstáculos. Sus dilaciones y sus pretextos redujeron á diez y siete barcos la escuadra destinada á llevar de nuevo al almirante al otro lado del Atlántico.

Sin embargo, el genio aventurero de los españoles de aquella época, el espíritu de proselitismo religioso y el espíritu caballeresco, precipitaron en aquellos buques una porcion de religiosos, nobles y aventureros deseosos unos de llevar la fé, y ansiosos otros de adquirir fama y fortuna, lanzándose los primeros en aquellas comarcas, que todavia engrandecia mas la imaginacion humana. Obreros de todos oficios, cultivadores de todas las zonas, animales domésticos de todas especies, semillas, plantas, cepas, árboles frutales, cañas de azúcar, muestras de todas las artes y de todos los comercios europeos fueron embarcados en aquellos barcos de transporte para probar el cielo, fecundar el suelo y tentar á los hombres de aquellos nuevos climas, arrancándoles el oro, las perlas, los perfumes, las especias de la India, á cambio de cosas de poco valor en Europa. Era aquello la cruzada de la religion, de la guerra, de la industria, de la gloria y de la codicia; para unos el cielo, para otros la tierra, para todos lo desconocido y lo maravilloso.

El mas ilustre de los compañeros que se embarcó con Colon era Alonso Ojeda, page en otro tiempo de Isabel, y el caballero mas gallardo, mas intrépido y mas aventurero de aquella corte. Su corazon y sus sentidos reboaban valor hasta tal punto, que llevaba el fanatismo hasta la demencia. El fué el que un dia que Isabel habia subido á lo alto de la inmensa torre de Sevilla, llamada la Giralda, para mirar su asombrosa elevacion y contemplar desde arriba las calles y las casas de la ciudad, parecidas á un hormiguero á sus pies, se lanzó por una estrecha viga, cuyo extremo salia fuera de las almenas, y saltando en un pie sobre la punta de la viga, hizo prodigios de destreza y de audacia sobre el abismo para agrandar á su soberana, sin que el vértigo de la muerte presente turbara sus ojos, ni intimidara su corazon.

II.

El 23 de setiembre de 1493 salió la escuadra de la bahia de Cádiz. Gritos de júbilo que partian de todas las riberas eran el agüero de aquel la segunda partida, que parecia no estar destinada mas que á un largo triunfo. Los dos hijos de Colon acompañaron á su padre hasta el buque almirante. Dióles aquel su bendicion, y los dejó en España para que la parte mejor de su vida quedara al menos resguardada de los riesgos que iba á correr. La flota se componia de tres barcos grandes y catorce carabelas. El Océano se dejó tan fácilmente como la vez primera. La escuadra descubrió el 2 de noviembre la Guadalupe, cruzó por medio de las islas Caribes, bautizó aquel archipiélago con nombres tomados de recuerdos piadosos, y tocando á muy poco en la punta de la Española, hoy Haití, hizo vela Colon hácia el golfo donde habia construido el fuerte y dejado sus cuarenta compañeros. Volvia lleno á un tiempo de ansiedad y de esperanza; la noche cubria la costa cuando echó el áncora en la rada y no aguardó al dia para asegurarse de la suerte de su colonia. Hizo disparar una salva de cañonazos, que resonó sobre las olas, para avisar á los españoles su regreso; pero el cañon del fuerte permaneció mudo, y únicamente el eco de aquellas soledades repitió el saludo de la Europa al Nuevo Mundo.

Al amanecer del dia siguiente descubrió la orilla desierta, el fuerte destruido, los cañones medio enterrados en sus ruinas, los huesos de los españoles esparcidos por la arena, y hasta la misma aldea de los caciques abandonada; el corto número de los indigenas que se mostraban de lejos á orillas de los bosques parecian vacilar en acercarse, como si les retuviese el sentimiento de un remordimiento ó el temor de una venganza. El cacique, que

confiaba mas en su inocencia y en la justicia de Colon, á quien habia aprendido á amar, se adelantó al fin; deploró los crímenes de los españoles, que habian abusado de la hospitalidad de sus súbditos para oprimir á los indigenas, robándoles sus hijas y mugeres, reduciéndolos á esclavitud y suscitando, por último, la venganza de su tribu. Despues de haber inmolado aquellos una porcion de indios é incendiado sus cabanas, habian sido sacrificados ellos mismos. El fuerte incendiado que cubria sus huesos, era el primer monumento del contacto entre aquellas dos familias humanas, de las que la una llevaba á la otra la servidumbre y la devastacion. Colon lamentó los crímenes de sus compañeros y las desgracias del cacique, y resolvió buscar otra playa para desembarcar y establecerse en las costas de la isla.

Entre las jóvenes indias cautivas de las islas vecinas, prisioneras á bordo, la mas hermosa de ellas, Catalina, habia agrado en extremo á un cacique que visitó el barco de Colon. Tramóse un complot de evasion entre aquel cacique y el objeto de su amor por medio de aquel language de signos que los europeos no comprendian. La noche en que Colon dió sus velas al viento, Catalina y sus compañeras, burlando la vigilancia de sus tiranos, se precipitaron en el mar, y perseguidas inútilmente por las lanchas de los europeos, nadaron hácia la ribera, donde el joven cacique habia encendido una hoguera que les sirviese de guia. Los dos amantes, reunidos por aquel prodigio de audacia y de fuerza, se refugiaron en los bosques á cubierto de la cólera de los europeos.

III.

Abordando Colon de nuevo á una playa virgen á alguna distancia, fundó allí la ciudad de Isabelá: estableció relaciones de amistad con los indigenas, formó, cultivó y gobernó la primera colonia de europeos, madre de tantas otras, envió destacamentos armados á visitar las llanuras y las montañas de la Española, acarició primero, atrajo despues y sujetó, por fin, con leyes dulces y sabias las diferentes tribus de aquellas vastas comarcas, construyó fuertes, trazó caminos hácia las diferentes partes de su imperio, buscó el oro, menos abundante de lo que él esperaba, en aquellas regiones, que seguia confundiendo con las Indias, y no halló en ellas mas que las riquezas inagotables de un suelo pródigo y un pueblo tan fácil de sujetar como de tiranizar.

Envió la mayor parte de sus buques á España para pedir á su soberano nuevas remesas de hombres, animales, instrumentos, plantas y semillas, necesarios á la inmensidad de los territorios que iba á conquistar para las

costumbres, la religion y las artes de Europa. Pero los descontentos, los ambiciosos y los envidiosos se embarcaron los primeros en su escuadra, á fin de ir á sembrar en contra suya las murmuraciones, las acusaciones y las calumnias. Quedóse él solo, aquejado de la gota, padeciendo dolores crueles, condenado su cuerpo á la inaccion, mientras que su espíritu trabajaba sin cesar, asediado en su colonia naciente por las rivalidades, las sediciones, los complots, los excesos vergonzosos y las miserias de sus tripulaciones.

Colon, indulgente siempre y magnánimo, triunfando por la fuerza solo moral de su carácter de las turbulencias de sus compatriotas y de las rebeliones de sus tenientes, se limitó á relegar á los insubordinados á bordo de los barcos en la rada. Restablecido de su larga enfermedad, recorrió la isla al frente de una columna compuesta de hombres escogidos, buscando en vano las minas de oro de Salomon, pero estudiando la naturaleza y las costumbres de la isla, y sembrando en todas partes á su paso el respeto y el amor de su nombre.

IV.

A su vuelta halló de nuevo los mismos desórdenes, las mismas insubordinaciones y los mismos vicios. Los españoles abusaban de la supersticion de los indigenas respecto de ellos, y del terror que les inspiraban los caballos. Los indios los tomaban por seres monstruosos, que no formaban mas que un cuerpo con los ginetes, y herian, hollaban y aterraban á la vez á los enemigos de los europeos. Merced á este terror, estos sujetaban, encadenaban, profanaban, violaban y martirizaban á aquella dulce y obediente poblacion. Colon se mostró severo con esa tirania de sus compañeros sobre los indios. El queria llevarlos la fé y las artes de Europa, no el yugo, el vicio y la muerte. Despues de haber restablecido un poco el orden, se embarcó para visitar la isla apenas reconocida, de Cuba. Llegó á ella y siguió largo trecho sus costas, sin divisar la estrechidad de esa isla, que tomó por un continente. Desde allí navegó hácia la Jamaica, otra isla de inmensa estension, cuyas cimas divisaba entre las nubes. Cruzando en seguida un archipiélago, á que dió el nombre de los *Jardines de la reina*, á causa de la riqueza y de los perfumes de la vegetacion que adornaban aquellas islas, volvió á Cuba y logró establecer allí algunas relaciones con los indigenas. Los indios asistieron con un asombro mezclado de respeto á las ceremonias del culto cristiano, que los españoles celebraron en una gruta bajo las palmeras de la ribera. Uno de sus ancianos se acercó á Colon despues de

la ceremonia, y le dijo con acento solemne: —Lo que acabas de hacer está bien hecho, porque parece que ese es tu culto al Dios universal. Dices que vienes á estas regiones con una gran fuerza y una autoridad superiores á toda resistencia. Si así es, oye de mí lo que nuestros antepasados han dicho á nuestros padres y estos á nosotros. Despues que las almas de los hombres son separadas de sus cuerpos por la voluntad de los seres divinos, van las unas á un país sin sol y sin árboles, las otras á regiones de claridad y de delicias, segun han merecido bien ó mal en este mundo, haciendo bien ó mal á sus semejantes. Si, pues, tú debes morir como nosotros, procura no hacer mal ni á nosotros ni á los que no te lo han hecho.

Este discurso del anciano indio, citado por Las Casas, prueba que los indios tenían una religión casi evangélica por la sencillez y pureza de su moral, emanación misteriosa ó de una naturaleza primitiva, cuya claridad no habían empañado aun las depravaciones y los vicios, ó de una civilización envejecida y gastada, que había dejado esos resplandores en sus tradiciones.

V.

Colon, despues de una larga y penosa exploración, regresó moribundo á la Española. Sus fatigas y cuidados, unidos á sus padecimientos y al peso de los años que su espíritu no sentía, pero que pesaban sobre sus miembros, habían triunfado por un momento de su genio. Sus marineros le condujeron á Isabela insensible y anonadado. Pero la Providencia que no le había abandonado, velaba sobre él durante la ausencia de sus facultades. Al volver en sí de su desmayo, halló á su querido hermano Bartolomé Colon á la cabecera de su cama.

Bartolomé Colon había llegado de Europa á la Española como si hubiese tenido la inspiración de los peligros y necesidades en que iba á hallarse su hermano. Era aquel la fuerza de la familia, de la que el tercer hermano, Diego, era la dulzura y Cristóbal el genio. El vigor de su cuerpo igualaba al de su alma. Era de una estatura atlética, de un temple de hierro, de una salud robusta, de un aspecto imponente, de un acento de voz que dominaba los vientos y las olas: navegante desde sus primeros años, soldado y aventurero toda su vida, dotado por naturaleza y por hábito de esa audacia que impone la obediencia, y esa justicia que hace aceptar la disciplina, hombre tan capaz de gobernar como de combatir, era el segundo que mas convenia á Colon en las circunstancias estrechas en que la anarquía había colocado á su imperio, y sobre todo, era un

hermano que profesaba tanto respeto como ternura al jefe y á la gloria de su casa.

El espíritu de familia respondia á Colon de la fidelidad de su teniente. El cariño entre ambos hermanos era la mejor prenda de la confianza del uno y de la sumisión del otro. Colon le entregó el mando, durante los largos meses en que la naturaleza decaida le condenaba á él á la inacción y al reposo, con el título de adelantado ó intendente general y subgobernador de las tierras de su dominio. Bartolomé, administrador mas severo que su hermano, impuso mas respeto; pero también sucitó mas resistencias.

La temeridad y la perfidia del joven guerrero español Ojeda, suscitaron guerras de desesperación entre los indios y la colonia. Aquel intrépido aventurero, habiéndose adelantado con algunos ginetes hasta las partes mas lejanas y mas independientes de la isla, persuadió á uno de los caciques á que le acompañase al regreso con gran número de indios para admirar en Isabela la grandeza y la riqueza de los europeos. Seducido el cacique, siguió á Ojeda. Despues de algunos dias de marcha, durante un descanso á orillas de un río, Ojeda, abusando de la sencillez de aquel jefe indio, le hizo admirar un par de esposas de acero bruñido, cuyo brillo deslumbró al cacique.

Ojeda le dijo que aquellos hierros eran brazaletes con que se adornaban los reyes de Europa en los dias de gala á los ojos de sus súbditos. Inspiró al cacique el deseo de adornarse con ellas, de montar un caballo como un español, y de mostrarse á sus indios con aquella supuesta insignia de los soberanos del antiguo mundo. Pero apenas el infortunado cacique montó á la grupa detrás del astuto Ojeda, y se puso las esposas objeto de su vanidad infantil, cuando los españoles partiendo al galope y llevándose á su prisionero, cruzaron la isla y le condujeron encadenado á la colonia, donde le retuvieron con los hierros que había deseado inocentemente.

Una vasta insurrección sublevó á los indios contra aquella perfidia de los extranjeros, en los cuales habían ellos visto al pronto unos huéspedes, unos amigos, unos bienhechores, unos dioses. Esa insurrección motivó la venganza de los españoles. Estos redujeron á los indios al estado de esclavos y enviaron cuatro barcos cargados de aquellas víctimas de su codicia á España, para hacer de ellas un comercio infame como de un ganado humano. Compensando así con el precio de esos esclavos el oro que se habían prometido recoger como el polvo en esas comarcas, en que no habían hallado mas que sangre, degeneró entonces la guerra en caza de hombres. Varios perros traídos de Europa y acostumbrados á esa persecución en los bosques, olfateaban, destrozaban y se apoderaban de los indígenas por el cuello, ayudando á los españoles en esa inhumana devastación del país.

VI.

Restablecido al fin Colon de su larga enfermedad, volvió á tomar las riendas del gobierno, se vió arrastrado en esas guerras encendidas durante su interregno, y se hizo guerrero y pacificador. Despues de haber sido navegante, ganó batallas decisivas contra los indios, los sujetó al yugo suavizado por su bondad y su política, y únicamente les impuso un ligero tributo en oro y frutos de sus comarcas, mas bien en señal de alianza que de servidumbre. La isla volvió á florecer bajo su dominación; pero el infeliz y confiado cacique Guanacagari, avergonzado y desesperado de haber sido involuntariamente cómplice de la esclavitud de su patria, huyó para siempre á las montañas escarpadas de la isla, y murió en ellas libre por no vivir esclavo bajo las leyes de los que habían abusado de sus virtudes.

Durante aquella enfermedad de Colon y aquellas agitaciones de la isla, sus enemigos, trabajando en la corte por perderle, le habían atacado en el corazón de Fernando. Isabel, mas firme en su admiración á aquel hombre, le protegía en vano con su favor. La corte había enviado á la Española un magistrado revestido de poderes secretos, que le autorizaban para informar contra los pretendidos crímenes del virey, para destituirle de su autoridad y enviarle á Europa si llegaban á comprobarse esos crímenes. Ese juez parcial, llamado Aguado, llegó á la Española mientras que el virey se hallaba al frente de las tropas en el interior de la isla, ocupado en pacificar y administrar el país.

Olvidando Aguado el reconocimiento que debía á Colon, primer autor de su fortuna, aun antes de recoger los informes declaró á Colon culpable y destituido provisionalmente de su cargo soberano. Rodeado á su desembarco y aplaudido por los descontentos de la colonia, envió orden á Colon para que se presentara en Isabela, capital de los españoles, y reconociese su misión.

Rodeado Colon de sus amigos y soldados mas adictos, podía disputar su obediencia á las insolentes intimaciones de un subordinado, pero se inclinó al contrario ante el nombre solo de su soberano, se presentó desarmado ante Aguado, y entregándole la autoridad entera, le dejó instruir libremente el odioso proceso que sus calumniadores le preparaban.

Pero en el momento mismo en que su fortuna declinaba ante la persecución, le reservaba uno de esos favores que mas podría conciliarle los de la corte. Uno de sus jóvenes oficiales, que mató en desafío á uno de sus camaradas, huyó por miedo al castigo á una parte salvaje y apartada de la isla. La tribu que habitaba aquellas montañas estaba gober-

nada por una joven india de gran belleza, viuda de un capitán cacique. Esa joven concibió por el español fugitivo un amor ardiente y se casó con él. Diaz, amado y coronado por el objeto de su amor, no pudo, sin embargo, olvidar su patria ni disimular la tristeza que el sentimiento de haber dejado á sus compatriotas imprimía en sus facciones.

Deseosa su mujer de arrancarle la confesión de su melancolía, supo por él que el oro era la pasión de los españoles, y que estos vendrían á habitar con él aquellas comarcas, si tuviesen la esperanza de descubrir en ellas aquel precioso metal. La joven india, gozosa de conservar á ese precio la presencia del objeto de su amor, le reveló la existencia de minas inagotables, ocultas en aquellas montañas. Dueño Diaz de este secreto, y seguro de obtener á ese precio su perdón, corrió á revelar á Colon aquel tesoro.

El hermano del virey, Bartolomé Colon, partió con Diaz y una escolta de tropas, para cerciorarse de aquel descubrimiento, y llegaron en pocos dias á un valle donde el río arrastraba el oro con la arena, y donde las rocas de su lecho estaban incrustadas de partículas de este metal. Colon estableció un fuerte en sus inmediaciones, laboreó y ensanchó minas ya abiertas en la antigüedad, sacó de ellas inmensas riquezas para sus soberanos, y se persuadió cada vez mas de que había encontrado la comarca fabulosa de Ofir Diaz, reconocido y fiel á la joven india á quien debía su gracia, su suerte y su felicidad, hizo bendecir su unión con ella por los sacerdotes de su culto, y gobernó en paz su tribu.

VII.

Colon, despues de este descubrimiento y cediendo sin resistencia á las órdenes de Aguado, se embarcó con su juez para España, á donde llegó despues de ocho meses de navegación, mas bien como acusado á quien se lleva al suplicio que como conquistador cargado de trofeos. La calumnia, la incredulidad y la reconvencción le recibieron en Cádiz. La España que había esperado prodigios no veía venir de la tierra de sus ensueños mas que aventureros engañados, acusadores y esclavos desnudos. El infortunado cacique ahorrado en las esposas de Ojeda, y que conducía Aguado como un trofeo vivo para Fernando é Isabel, había muerto en el viaje, maldiciendo su confianza en los españoles y su traición.

Ajustando Colon su traje á la tristeza y la miseria de su situación, se dirigió á Burgos donde estaba la corte, en hábito franciscano, llevando solo una cuerda por cinturón, con la cabeza cargada de años, de cuidados, de

aflicción y de cabellos blancos, y con los pies desnudos como un suplicante de genio que viene á implorar el perdón de su gloria. Solo Isabel fué la que le recibió con una tierna compasión, obstinándose en dar crédito á su virtud y á sus servicios. Este favor constante aunque oculto de la reina, sostuvo al almirante contra los tiros y las acusaciones de los cortesanos. Colon propuso nuevos viajes y mas va los descubrimientos. Consintióse en confiarle nuevos buques, pero se le hizo consumir en dilaciones sistemáticas los pocos años que su edad avanzada dejaba á sus fuerzas.

La piadosa Isabel, al conceder á Colon nuevos poderes y títulos, estipuló en favor de los indios condiciones de libertad y de humanidad que sobrepujaban á las ideas de su siglo. El corazón de una muger proscibía por instinto la esclavitud que la filosofía y la religión no debían abolir hasta cuatro siglos después. Por último, Colon justificado ya, pudo embarcarse y hacer rumbo hácia su nueva patria. Pero el odio y la envidia le siguieron hasta el mismo buque en donde enarbolaba su pabellón de almirante del Océano. Briviesca, tesorero del patriarca de las Indias, y Fonseca, enemigo de Colon, prurrieron en ultrajes contra el almirante en el momento de darse á la vela.

Colon, que se había contenido hasta entonces por la fuerza interior, la paciencia y la inmensidad de su misión, desahogó por la vez primera su amargura y su indignación. A esta última ignominia de sus enemigos se mostró al fin hombre por un momento, y arrojándose sobre su indigno perseguidor con toda la energía de su alma y toda la fuerza de su brazo, le derribó sobre el puente y le holló con sus pies. Tal fué el adiós de la envidia de la Europa al que le parecía sobrado grande ó sobrado feliz para ser un simple mortal. Aquella venganza súbita del almirante dejó un nuevo resentimiento en el corazón de Fonseca, y una acusación que poder explotar sus enemigos. El viento que se levantaba le sustrajo á la vista de la ribera y á las indignidades de su patria.

VIII.

Llegado esta vez por otro camino á la isla de la Trinidad, la reconoció, la dió denominación, y doblando la isla costó la verdadera tierra de América junto á la embocadura del Orinoco. La dulzura del agua de mar que probó en aquellos parages, hubiera debido vencerle de que el río que desemboca en el Océano con una masa suficiente para desalar sus aguas, no podía venir sino del continente. Desembarcó, no obstante, en aquella costa sin

sospechar que era la playa del mundo desconocido. Hallóla desierta y silenciosa como un territorio que aguarda á sus huéspedes.

En humo lejano por encima de vastos bosques, una cabaña abandonada y algunas huellas de pies desnudos sobre la arena de la costa, fueron todo lo que contempló de la América. El no hizo mas que imprimir en ella su primer paso y pasar una sola noche bajo la vela que le servía de tienda; pero este primer paso hubiera debido bastar para dar su nombre á aquel medio mundo.

IX.

Volvió á salir del golfo de Paria, después de trabajosas exploraciones de todos aquellos mares, logró ver de nuevo la ribera de la Española. Sus penas de alma y de cuerpo, su larga permanencia en España, la ingratitude de sus compatriotas, la frialdad de Fernando, el odio de sus ministros, las vigiliadas durante las travesías, los achaques de la edad le habían quebrantado mas que las olas. Sus ojos secos por los insomnios y por la contemplación de los mapas y del firmamento, estaban inflamados; sus miembros rígidos y doloridos por la gota rehusaban sostenerle.

Su alma era la única que estaba en su ser, y su genio, penetrando el porvenir, le transportaba con el pensamiento por encima de sus padecimientos y mas allá del tiempo. Bartolomé Colon, su hermano, que había continuado rigiendo la colonia en su ausencia, fué todavía su consuelo y su apoyo, y salió á recibir al almirante así que los vigías anunciaron velas en la mar.

Bartolomé refirió á su hermano las vicisitudes de la Española durante su ausencia. Apenas había acabado la exploración y la pacificación del país, cuando los excesos de los españoles y las conspiraciones de sus propios tenientes derribaron la obra de su cordura y de su vigor. Un superintendente de la colonia, llamado Roldán, hombre popular y astuto, se había hecho un partido entre los marineros y los aventureros, hez de la España arrojada por la madre patria en la colonia.

Habiase acantonado con ellos en la ribera opuesta de Santo Domingo, y ligándose con los caciques de las tribus vecinas contra Bartolomé, construyendo ó tomando fuertes desde donde desafiaba la autoridad de su gefe legítimo. Los indios, testigos de las divisiones de sus tiranos, se habían aprovechado de ellas para sublevarse y rehusar el tributo. La anarquía desgarraba la nueva posesión, y solo el heroísmo de Bartolomé era el que conservaba sus restos con sus fuertes manos. Ojeda había fletado barcos por su propia cuenta en Es-

paña, y después de cruzar y desembarcar en la costa meridional de la isla se había unido con Roldán.

Luego Roldán había hecho traición á Ojeda y habían vuelto de nuevo á someterse á la autoridad del gobernador. Durante aquellas revueltas de la colonia, un joven español de notable belleza, don Fernando de Guevara, había inspirado una violenta pasión á la hija de Anacoana, viuda del cacique llevado por Ojeda á España, y que había muerto cautivo en la travesía. La misma Anacoana era joven todavía, célebre entre las tribus de la isla por su incomparable belleza, por su genio natural y por su talento poético que hacia de ella la Sibila adorada de sus compatriotas.

A pesar de las desgracias de su marido, había concebido una grande admiración y una inclinación invencible hácia los españoles. El pueblo numeroso que gobernaba con su hermano era el asilo de aquellos extranjeros, á los cuales prodigaba su hospitalidad, su oro y su protección. Sus súbditos, mas civilizados que las otras tribus indias, vivían en paz ricos y felices bajo sus leyes. Roldán, que gobernaba la parte de la isla sometida á la bella Anacoana, tuvo envidia de la permanencia y de la influencia de Fernando de Guevara en la corte de aquella princesa.

Prohibióle casarse con su hija y le mandó embarcarse. Retenido Fernando por su amor, rehusó obedecer y conspiró contra Roldán. Sorprendido y encadenado en la morada de Anacoana por los soldados de Roldán, fué conducido á Isabela para ser juzgado allí. Una expedición que salió de la capital de la colonia á pretexto de recorrer la isla, fué acogida con amistosa solicitud en la capital de Anacoana.

El gefe pérfido de aquella expedición, abusando de la confianza y de la hospitalidad de aquella reina, había hecho que convidara esta á treinta caciques del Mediodía de la isla á las fiestas que preparaba para los españoles. Los españoles, durante los bailes y festines á que asistían, habían concertado el incendio y la muerte contra su generosa protectora, su familia, sus huéspedes y su pueblo. Invitaron á Anacoana y su hija, á los treinta caciques y al pueblo á que presenciaran las evoluciones de sus caballos y un combate simulado entre los guerreros de su escolta, y de repente se arrojan estos sobre el pueblo inerme reunido por curiosidad en la plaza, lo pasan á cuchillo y lo huelan con los pies de sus caballos.

En seguida, rodeando de soldados de infantería el palacio de Anacoana para impedir á esta reina y á sus amigos que saliesen, incendian el palacio donde aun se ostentaban los restos de los festejos y festines á que habían asistido, y con una crueldad igual á su ingratitude, contemplan á la hermosa y desgraciada Anacoana encerrada en su palacio, espirando abrasada é invocando contra ellos desde las llamas la venganza de sus dioses.

Aquel crimen contra la hospitalidad, contra la inocencia, contra la soberanía, contra la belleza y el genio de que era símbolo entre los indios la célebre Anacoana, había sembrado en la isla un horror y un trastorno que Colon no podía vencer á pesar de toda su virtud y de toda su política. Las llamas y la sangre del palacio de aquella reina cuya belleza les deslumbraba, y cuyas poesías nacionales les embriagaban de amor y de entusiasmo, se alzaron entre los opresores y los oprimidos. La isla se hizo un campo de matanza, un presidio y un cementerio para los infelices indios. Los españoles, tan fanáticos en su proselitismo como bárbaros en su codicia, preludiaron en la Española los crímenes que muy pronto debían despoblar á Méjico. Aquellas dos razas de hombres se ahogaron al abrazarse.

X.

Mientras que Colon se esforzaba en separar y pacificar aquellas dos partes de la población, el rey Fernando, informado por sus enemigos de las desgracias de la isla, las imputaba al mismo que las suavizaba. Habiendo pedido Colon á la corte que le enviase un magistrado de elevada categoría para que impusiese con sus fallos la autoridad real á sus compañeros indisciplinados le enviaron á Bobadilla, hombre de costumbres puras, pero fanático, y de un orgullo indomable. La autoridad mal definida de que iba revestido por real decreto, le subordinaba y le elevaba á la vez sobre todo otro poder.

Al llegar á la Española y prevenido contra el almirante le intimó que compareciese como acusado á su presencia, y haciendo traer cadenas mandó á los soldados que las pusiesen á su general. Los soldados, acostumbrados al respeto y al amor de su gefe que se había hecho mas venerable á sus ojos por su edad y por la gloria, vacilaron y permanecían inmóviles como si se les hubiese mandado un sacrilegio. Pero Colon, tendiendo él mismo sus brazos á las cadenas que su rey le enviaba, se dejó aherrojar de pies y manos por uno de sus mismos servidores, verdugo voluntario, vil asalariado de su domesticidad, llamado Espinosa, cuyo nombre ha conservado Las Casas como un tipo de insolencia y de ingratitude.

Colon mandó el mismo á sus dos hermanos Bartolomé y Diego, que se hallaban aun al frente del cuerpo de ejército en el interior, que se sometiesen sin resistencia y sin murmurar á su juez. Encerrado Colon en el calabozo del fuerte de Isabela, sufrió allí por espacio de muchos meses mientras se instruía su causa, en la que todos sus rebeldes y todos sus enemigos le imputaron á porfía las mas negras y absur-

das acusaciones. Convertido en objeto de la burla y del furor públicos, oía desde el fondo de su prisión las chanzonetas feroces y las amenazas de sus perseguidores, que iban todas las noches á insultarle en su cautiverio.

A cada momento esperaba ver entrar á sus verdugos; sin embargo, Bobadilla no se atrevió á consumar el último crimen, y mandó que el almirante fuese espulsado de la colonia y enviado á España á la justicia y á merced del rey. Alonso de Villejo fué el encargado de su custodia durante su travesía. Era este un hombre de corazón, obediente por deber militar, indignado, y misericordioso hasta en la obediencia. Al verle Colon entrar en su calabozo creyó que había llegado su última hora, á la que se había preparado con la inocencia y la oración. Sin embargo, la naturaleza se resintió en él.

—¿A dónde me conducís? dijo interrogando con la mirada y el acento al oficial.

—A los buques en donde vais á ser embarcado, monseñor, respondió Villejo.

—¿A embarcarme? repitió Colon, no atreviéndose á dar crédito á aquel mensaje que le devolvía la vida: ¿no me engaíais, Villejo?

—No, monseñor, respondió el oficial: os juro por Dios que nada hay mas cierto.

Villejo sostuvo los pasos del almirante y le hizo subir en el buque cargado con el peso de sus cadenas, y perseguido por los insultos de un infame populacho.

Pero apenas se hicieron los barcos á la vela, Villéjo y Andrés Martín, comandantes del que servía de calabozo flotante á su gefe, se acercaron con respeto á él, igualmente que toda la tripulación, y quisieron quitarle sus cadenas. Colon, para quien esos hierros eran á la vez una señal de obediencia á Isabel y un signo de la iniquidad de los hombres, y que atormentaban su cuerpo, pero de que se gloriaba su espíritu, les dió las gracias, rehusando obstinadamente que se los quitasen.

—No, dijo: mis soberanos me han escrito que me someta á Bobadilla, y en su nombre me han puesto estas cadenas. Las llevaré hasta que ellos mismos me las quiten, y las conservaré despues, añadió con una satisfacción amarga de sus servicios y su inocencia, como un monumento de la recompensa concedida por los hombres á mis trabajos.

Su hijo refiere, igualmente que las Casas, que Colon fué fiel á esta promesa, que siempre conservó sus cadenas colgadas á su vista en sus moradas, y que en su testamento mandó que fuesen sepultadas con él en su ataúd. Como si hubiese querido apelar á Dios de la injusticia y de la ingratitud de sus contemporáneos, y presentar al cielo las pruebas materiales de la iniquidad y de la crueldad de la tierra.

XI.

Sin embargo, los odios de los partidos no cruzan los mares. El despojo, el cautiverio, y

los hierros de Colon excitaron misericordia é indignación en el pueblo de Cádiz. Cuando vieron á aquel anciano que poco antes había dado un imperio á su patria, volver de aquel imperio como un vil criminal para espiar el servicio con el oprobio, se exaltaron los corazones contra Bobadilla. Isabel, que á la sazón se hallaba en Granada, derramó lágrimas al ver aquella indignidad, mandó que sus hierros fuesen reemplazados por ricos trages y sus guardas por una escolta de honor. Llamóle á Granada, se echó él á sus pies y sus sollozos de reconocimiento le ahogaron la voz. El rey y la reina no se dignaron siquiera examinar el proceso de tan alto acusado. El respeto de ellos le absolvía tanto como su virtud. Conservaron por algun tiempo al almirante en su corte y enviaron otro gobernador llamado Ovando, para que reemplazase á Bobadilla. Ovando tenía las virtudes que hacen íntegro al hombre, sin la grandeza de alma que le hacen generoso. Era uno de esos caracteres en que todo es estrecho, hasta el deber, y en que la honradez se asemeja á una parsimonia de la naturaleza. Era el hombre menos á propósito para comprender y suplir á un grande hombre. Recibió de Isabel la orden de proteger á los indios y la prohibición de venderlos como esclavos.

La parte de las rentas concedida á Colon por los tratados, debía serle enviada á España, como asimismo los tesoros de que había sido desposeído por Bobadilla. Una flota de treinta velas llevó al nuevo gobernador á la Española.

Colon, insensible á la vejez, y libre ya de las persecuciones, sufría con impaciencia el descanso y hasta los honores en su patria. Vasco de Gama acababa de descubrir la ruta de las Indias por el cabo de Buena Esperanza, y el mundo entero estaba lleno de asombro y de admiración por ese descubrimiento del navegante portugués.

Una noble emulación trabajaba en el alma del navegante genovés. Convencido de la redondez del globo, creía llegar á las tierras del Este navegando en línea recta á Occidente: solicitó en la corte de España el mando de una cuarta expedición, y se embarcó en Cádiz el 19 de mayo de 1502, por última vez. Acompañábanle su hermano Bartolomé Colon, y su hijo Fernando, que contaba catorce años de edad. Su flota se componía de cuatro barcos pequeños, propios para navegar en las costas, y entrar sin riesgos en las ensenadas y embocaduras de los rios que quería explorar. Sus tripulaciones no componían mas que ciento cincuenta hombres marinos. Aunque se acercaba ya á los sesenta años, su vejez verde había resistido por el vigor de su alma al peso de los años: ni sus enfermedades dolorosas ni la muerte le apartaban de su objeto. «El hombre, decía, es un instrumento que debe romperse trabajando en la mano de la Providencia, la cual se sirve de él para sus designios. En tanto que el cuerpo pueda, el espíritu debe querer.»

Habia él resuelto tocar de paso en la Española para dar una recorrida á los barcos. Tenía para ello autorización de la corte. Cruzó el Océano con un tiempo tempestuoso, y llegó con sus mástiles rotos, sus velas destrozadas, sus barcos sin agua y sin viveres á la vista de la Española. Sus nociones marítimas le presagiaban un huracán mas terrible que los que había experimentado. Envió una chalupa pidiendo al gobernador Ovando el permiso de refugiarse en la rada de Isabela. Instruido por sus pronósticos del peligro que el mar iba á desencadenar sobre aquellas costas, avisaba Colon á Ovando en su carta que retrasase la partida de una flota numerosa dispuesta á salir de la Española para España, y cargada con los tesoros del Nuevo Mundo. Ovando negó cruelmente á Colon el asilo de un momento que imploraba en el puerto de la isla que él mismo había descubierto.

Alejóse indignado y proscrito, y buscando lejos de la dominación de Ovando un abrigo bajo los promontorios apartados de la isla, aguardó allí la tempestad que había predicho á Ovando. Sumergió aquella flota entera del gobernador, los tesoros y la vida de un millar de españoles. Colon la sintió hasta en la rada donde había tomado asilo, lamentó las desgracias de sus compatriotas, y abandonó aquella tierra inhumana, volvió á ver la Jamaica, y abordó á la tierra firme en la bahía de Honduras.

Sesenta dias de tempestad continua, el zarandeo de un cabo al otro, y del continente á las islas en las costas desconocidas de aquella América, de la que las tempestades parecían disputarle la conquista, le hicieron perder uno de sus barcos y los cincuenta hombres que lo tripulaban en la embocadura de un rio que llamó la playa del Desastre.

Obstinándose el mar en cerrarle el camino de esas Indias, que creía siempre entrever, echó el áncora entre una isla deliciosa y el continente. Visitado por los indios, embarcó siete de ellos en sus naves para familiarizarse con su idioma y obtener indicios. Costeó con ellos una tierra en la que abundaba el oro y las perlas en manos de los indigenas, y á principios de 1504 subió el rio Veragua y envió á su hermano Bartolomé al frente de sesenta españoles á que visitase las aldeas de aquellas riberas en busca de minas de oro. Bartolomé no encontró mas que salvajes y bosques. El almirante abandonó aquel rio y penetró en otro cuyas riberas estaban pobladas de indios, que prodigaban el oro á sus tripulaciones, en cambio de las bagatelas mas vulgares de Europa. Creyó haber logrado el objeto de sus ensueños, y se hallaba en el colmo de sus reveses. Estalló la guerra entre aquel puñado de europeos, y el pueblo numeroso de aquellas riberas. Bartolomé Colon derribó con su mano y se llevó cautivo al cacique mas poderoso y temible de los indios.

Una aldea que los compañeros de Colon construyeron en la costa para comerciar con el interior, fué tomada y quemada durante la noche por los indigenas, pereciendo bajo los escombros de sus cabañas ocho españoles atravesados por sus flechas. Bartolomé reunió á los mas valientes y rechazó á aquellas hordas á sus bosques; pero creció la animosidad por ambos lados con la sangre vertida, y las canoas de los indios asaltaron en tumulto la chalupa de la escuadra que trataba de internarse mas rio arriba. Todos los europeos de la tripulación fueron inmolados. Durante aquella lucha encarnizada, Colon, retenido á bordo de sus naves por la debilidad de su cuerpo y por las enfermedades, guardaba al cacique y á los gefes indios prisioneros en su barco. Informados aquellos gefes de la devastación de su territorio y del cautiverio de sus mugeres, intentaron evadirse levantando una noche oscura la escotilla que cerraba su calabozo flotante. Despertada la tripulación con el ruido, los encerró de nuevo en él. Al dia siguiente, cuando fueron á abrir la escotilla para llevarles el alimento, solo encontraron sus cadáveres. Habíanse muerto unos á otros de desesperación para sustraerse á la esclavitud.

XII.

Separado muy pronto Colon de su hermano Bartolomé que se hallaba en tierra con los restos de la expedición, no tuvo otro medio de comunicar con él á través de las rompientes, mas que el valor de uno de sus oficiales, salvando á nado los escollos para llevar y traer noticias cada vez mas siniestras. No podía ni alejarse de los suyos ni abandonarlos con sus desastres. La inquietud, la enfermedad, el hambre, la perspectiva de un naufragio sin asilo y sin testigos sobre una tierra tan desierta y funesta, combatían en su corazón su constancia heróica y su resignación piadosa á las órdenes de Dios, del que se consideraba á la vez el enviado y la víctima. En sus vigiliás escribía así el estado de su espíritu:

«Falto de fuerzas me había adormecido, cuando una voz penetrada de dolor y de compasión me hizo oír estas palabras: ¡hombre insensato! ¡hombre tan tarde en creer y servir á tu Dios, el Dios del universo! ¿qué otra cosa hizo con David y Moisés, sus servidores? Desde el instante de tu nacimiento tomé siempre por tí el mayor cuidado. Desde que fuiste hombre hizo resonar maravillosamente tu oscuro nombre en toda la tierra, te dió en posesión las Indias, esa parte favorecida de su creación, y te hizo hallar las barreras del Océano, cerradas hasta aquí por cadenas tan fuertes...